

CÉSAR Y MANHATTAN

Escribí alguna vez que mi querido y admirado César Galicia era un alpinista de raza, de los que evitan escalar los ochomiles del arte y de la vida desde la cara soleada y fácil. Sigo pensando lo mismo que entonces. César Galicia es un Reinhold Messner de la pintura, alguien que se complace y se siente mejor atacando las cumbres del Himalaya por su ladera más oscura y gélida, más desapacible y tormentosa, porque a César Galicia, como a Caspar David Friedrich, el paisajista romántico alemán, le resulta imposible dejar de asumir riesgos en sus cuadros, por más que dichos riesgos, glosando las palabras inmortales del duque y mago Próspero en *La tempestad* de Shakespeare, no sean otra cosa que peligros contruidos con la materia mítica con que se fabrican los sueños.

Cada lienzo de César, cada grabado suyo, es un alarde prodigioso desde el punto de vista técnico. Pero, atención, que su tarea dista mucho de quedarse ahí, en una hipervirtuosa reproducción de la realidad, sino que se remonta a un sofisticado plano hermenéutico en el que lo real se ve sometido a una reelaboración conceptual. Y esa reelaboración desemboca en la ampliación, reinterpretación y hasta yo diría que invención de una nueva realidad, que es a la vez otra y la misma (como el título del libro de Borges), tan identificable con la antigua como el reflejo con lo reflejado. Una realidad recién creada por el artista y tan *fantastique* en su punto de partida, desarrollo y llegada al espectador como las artes estrictamente fantásticas que, de una forma más previsible y convencional, circulan por el pasillo minúsculo que separa lo posible de lo imposible, como atestiguan las películas de David Lynch, otro creador postmoderno que suscita en sus fieles el mismo asombro y estremecimiento que transmite a los suyos César Galicia. Con una capacidad de seducción tan irresistible como la que podrían ejercer, si aunasen fuerzas frente al enemigo común, personajes tan cesargalicianos (en mi imaginación) como Wonder Woman, Tintín o el ratón Mickey de Walt Disney.

Y todo esto en Manhattan, esa isla del tesoro que creó la naturaleza adelantándose a Stevenson, y que es para César Galicia un mundo propio donde extraviar-

se muchas veces para reencontrar otras tantas el buen camino de regreso. Para afrontar en esas idas y venidas los nuevos desafíos que Manhattan plantea continuamente y de los que César siempre sale triunfante. La presente exposición es un viaje por la geografía real de la isla, reproducida y subvertida al mismo tiempo por el cartógrafo. Un viaje creativo tan audaz, tan perfecto, tan intenso, tan duro, tan complejo y comprometido como el de los Argonautas en busca del Vello de Oro o el de John Hanning Speke en busca de las fuentes del Nilo. Un viaje que traslada al espectador la necesidad de rendición inevitable ante la Belleza, identificada por Platón con el Bien, para redondear la faena. Esa Belleza omnipresente en la maravillosa realidad paralela forjada por César Galicia, uno de nuestros mejores y más geniales pintores españoles contemporáneos.

Luis Alberto de Cuenca
Real Academia de la Historia
Madrid, 3 de julio de 2021